

LOS SECRETOS DE LA CRISIS

(CONCLUSIÓN)

¡Que todos coman!

Hemos hallado en esa frase la clave mágica del cambio de gobierno, el fundamental secreto de las crisis presentes, pasadas y futuras.

Rascando un poco en los programas de partido, en los dogmas resquebrajados de la libertad y del orden, aparece en la política española una cuestión magna, ante la cual las otras son palabras vacías de sentido; cuestión que nadie atrevese á resolver de frente, aunque es la causa de las disidencias y de las concentraciones, preside la constitución y la disolución de los ministerios y determina la inestabilidad de los gobiernos: la gran cuestión del personal.

Como resto degenerado de la legión famélica de nuestros aventureros de hace tres siglos, desencajada médula de la España de entonces; como continuación irregular del hampa estudiantil del siglo décimo octavo, en el que ochenta mil escolares se graduaban en las diversas facultades descoyuntando silogismos, mendigando la sopa en los portales de los conventos, cuando no aprendiendo en las tunas las artes complejas de la truhanería: aparécenos hoy una clase social indefinible, que conserva de los aventureros con que poblábamos las Indias y de los escolares simbolizados por el Gil Blas de Santillana, el horror al trabajo; educada en el empirismo bachilleresco que

ahoga el entendimiento y castra la voluntad, formada por esas innúmeras familias, cuyas fuerzas se consumen en mantener con la corbata y el sombrero el oropel de la casa, sin que les quede un resto de heroísmo para sostener con la nutrición ó con el ensueño de algo grande, el valor fisiológico ó la íntima psíquica energía de la raza.

¿Qué nos hacemos de esta gente? ¿Cómo alimentar á esa bohemia inútil de literatos sin público, médicos sin enfermos, abogados sin pleitos, sacerdotes sin feligreses, funcionarios sin destinos, profesores sin alumnos, marinos sin barcos y guerreros sin guerras?

Si no fuera la patria historia una insigne y solemnísimas mentira, urdida para uso de esa golfería por los camellos que apacientan en nuestros Ateneos y Universidades, en la respuesta á las preguntas que preceden, encontraríamos la fórmula de nuestras guerras de este siglo.

Se luchó contra Napoleón porque los ejércitos franceses venían á imponernos la ley de trabajo, y lucharon principalmente las tunas estudiantiles, los toreros, los conventos, los hidalgüelos haraposos.

Se sublevaron Riego y Carlos V y Serrano y Carlos VII y los cantonales, porque, perdida ya la América, sólo en los botines de las guerras podía buscarse el pan nuestra inmensa canalla no trabajadora, esa canalla que cantó Espronceda, uno de sus representantes más genuinos.

Hoy se disuelven los partidos carlista y republicano porque España, que no ha existido hasta ahora, comienza á trabajar, á comer, á vivir... y á

cerrar los oídos á todas esas prédicas revolucionarias, en cuyo fondo sólo palpitan dos sentimientos: el ansia de botín y el horror al trabajo.

En cambio se disuelven los partidos políticos gubernamentales porque se cuelga de ellos toda la golfería nacional, y el pan del presupuesto no basta para mantener á tanta gente.

Fuera preciso duplicar ó triplicar acaso el número de empleos, y, con todo, siempre quedaría en mitad del arroyo buen golpe de hampones señoriles.

Siendo el problema irresoluble en toda su extensión, se prefiere sortearlo por el flanco. De ahí las crisis políticas, en las que se renueva el personal en masa del Estado. Hoy come Fulano, mañana Zutano, al otro Perengano. Se confía en que el robo y la odiosa caridad nacional basten para rellenar los paréntesis de cesantías.

El alcance inverosímil de los cambios de Gobierno no depende de un capricho, sino de una necesidad económica.

Se da de comer á las gentes por turnos, para que el hambre no las mueva á soluciones extremas. De ahí que se estime el sube y baja de los partidos como algo imprescindible para la seguridad del régimen.

¿Es esto cierto?

* * *

El desarrollo económico alcanzado, á pesar de todo, por nuestras regiones industriales ha aminorado grandemente la clásica bohemia nacional. En los escritorios de comercio va hallando ocupación.

una buena parte de nuestro ejército de funcionarios. Esta gente no hace carrera en la vida mercantil. Los hábitos heredados de holgazanería, no se pierden en algunos años; su ineptitud es causa de la mala retribución que alcanzan en el comercio los destinos meramente burocráticos, pero, mal ó bien, come y trabaja; gente que come no se subleva; gente que trabaja no es un estorbo.

El problema no tiene, por lo tanto, su antigua gravedad. Con todo, aún quedan muchos millares de personas—medio Madrid se encuentra en este caso—que han de llamar á las puertas del gran Asilo nacional del presupuesto, colgándose de los distintos hombres públicos, para colocarse desde el Estado entre las iniciativas particulares y los medios de realizarlas, y erigirse en el mayor obstáculo de nuestro desarrollo económico.

El poder moderador orilla los conflictos que esta gente provocaría, concediendo alternativamente á los distintos políticos la facultad de extender credenciales, que es la única tarea de nuestros gobiernos.

Este procedimiento, lejos de solucionar el problema, lo mantiene perpétuamente en pie. Vemos ahora que mediante una unión entre Sivela, Pidal y Polavieja, han alcanzado los conservadores el disfrute del presupuesto. Si en el reparto de destinos salen perjudicados los amigos del primero, perderá éste su importancia política. Si son los pidalinos los perjudicados, acaso volverá á fraccionarse el partido conservador. Ya hemos visto cómo la provisión de una alcaldía á poco más da al traste con la unión de Polavieja. Y por otra parte, no hay

manera de complacer á todos. Desde luego puede asegurarse que la cuestión del personal absorberá todas las energías de los ministros conservadores, y al cabo, de aquí á uno ó dos años, cuando el clamoreo de los postergados origine una disidencia á la chita callando ó con escándalo, esa misma cuestión hará caer á Silvela, como ha hecho caer á Sagasta una disputa entre los amigos de Moret y los de Gamazo para la provisión de varios gobiernos civiles, como esa idéntica cuestión hará romperse en diez pedazos la famosa concentración liberal, cuando le corresponda el mando.

Pues bien, supeditada como se halla la política á la cuestión del personal, no es posible que tengamos Gobierno. El Estado en España es y será impotente para encauzar las múltiples luchas del mecanismo de la producción; por el contrario, es un estorbo contra el cual han de alzarse las masas trabajadoras, las regiones más prósperas; es un fermento de descomposición que cualquier día originará el *Finis Hispaniarum*, cuando en nombre de la civilización se le ocurra pronunciar esa frase á un pueblo más fuerte.

Es problema de vida ó muerte el de estirparnos el cáncer de nuestra pereza, colocandó á la golfería literaria, académica, burocrática, militar, universitaria y religiosa en el dilema de trabajar ó de morirse de hambre.

Mucho puede hacerse para lograrlo, manteniendo indefinidamente en el Gobierno á un mismo personal, sea cual fuere, y arrancando en lo posible á los altos funcionarios la facultad de cambiar los subalternos.

No nos espanta la perspectiva de la impopularidad que forzosamente alcanzan los Gobiernos en el poder. La nación trabajadora sabe que esta impopularidad es obra exclusiva de los hambrientos.

No nos asusta que con el abuso de poder se desorganice el ejército, la marina, la magistratura, la universidad, el clero... En realidad estos artefactos no han existido nunca fuera de la nómina. Lo ha dicho el Sr. Silvela: «Tenemos todas las apariencias y ninguna de las realidades de un Estado constituido con arreglo á derecho».

No nos arredra el temor de que los cesantes, advirtiendo lo definitivo de su situación traten á toda costa de renovar las tradiciones revolucionarias de la imbecilidad carlista ó democrática. El pueblo ha abierto los ojos; y no les seguiría. Acaso un acto de fuerza daríanos pretexto para acabar con todos ellos de una vez, por medio de una gran operación quirúrgica encomendada á los Maüser... Nada se perdería.

Otórguese el Gobierno definitivamente á un mismo personal, sea cualquiera, y cuando la mayor parte de la canalla no trabajadora, renunciando á sus esperanzas de futuros destinos, haya desaparecido en los agujeros de las minas, en el cultivo de la tierra: en las fábricas y en los escritorios de comercio, entonces será llegado el momento de organizar seriamente el Estado.

Hasta esa hora los programas políticos de las distintas castas no serán sino engaños para usufructuar el Presupuesto en beneficio de una gonzuela indigna de la vida; engaños que, por fortuna, á nadie engañan.—RAMIRO DE MAEZTU.

EN LA CHARCA

ALLÁ VAN LOS HECHOS

La Guerrero se marcha á Buenos Aires, sin que en el Español se haya estrenado ni una sola obra nacional cuyo nombre merezca recordarse.

En la Comedia, después del éxito de *La comida de las fieras*—éxito de escándalo—la obra que ha alcanzado más aplausos en la temporada ha sido *La muralla*, drama ni fuerte ni flojo, ni salado ni dulce, ni emocional ni frío; compendio de cuantos lugares comunes y situaciones de contraste se han vertido en los pesebres del folletín sentimental.

De un año acá se ha publicado *La barraca*, novela en la que Blasco Ibáñez muestra de nuevo riqueza de color y conocimiento del alma valenciana. Galdós ha reincidido en sus *Episodios... Y nada más...* Los restantes son esbozos de libros, rellenos con larvas de ideas, con recuerdos de recuerdos, con páginas de vigor intermitente; total: hollín, basura, escoria.



De los hechos infiramos las causas. ¿Por qué nos encontramos sin literatura? Esta pregunta puede descomponerse en otras dos. ¿Es posible que el estado actual de España incube una poderosa producción literaria? ¿Nos serviría para algo

esta producción?... Séanos permitido apuntar una opinión.

*
* *

Imaginémonos un pueblo tal como el de la América del Norte, un pueblo en que los grandes centros industriales se enclavan en un campo perfectamente cultivado; un pueblo de intensa vida circulatoria, donde la tierra ofrece mercado abundantísimo á los productos de las fábricas y la elevación de los salarios permite á los obreros de las ciudades consumir los más deleitosos frutos de la tierra; un pueblo ya hecho en que, merced al impulso recibido, las gentes corren á porfía en la carrera gigantesca hacia el dinero.

De entre el estrépito de los barcos y los trenes, de las máquinas y los tranvías, de entre los hombres sudorosos y atareados que cruzan las calles, surge el poeta. Tal vez no se le escuche, pero si sabe erguir su busto sobre las cimas de las chimeneas, si logra hacer vibrar las cuerdas de su lira sobre los resoplidos del vapor en las calderas y sobre los estremecimientos de la corriente eléctrica, acaso conseguirá que la multitud detenga un punto su carrera para oír las endechas que cantan la melancolía del otoño y la sonrisa primaveral, la fe y la duda, el amor y los celos, el ansia de infinito de los seres y las cosas contingentes.

Entonces la literatura nace á su tiempo, desempeña una misión completa y corona una nacionalidad, añadiendo á la rudeza de la vida práctica los encantos fugitivos, pero inefables del ensueño, sin los cuales la vida no vale los trabajos que

cuesta. El romanticismo de la *miss* anglo sajona endulza y socializa la audacia del *self mademan* (hombre enriquecido por sí mismo). Una vez realizado el desarrollo económico de un pueblo, es inminente la era de su apogeo artístico. Así el yanqui busca en las librerías parisienses satisfacción á sus necesidades de índole superior, mientras germina en la tierra americana lujuriente vegetación artística, pasmo de nuestros hijos. Así en España se debe á los galeotes cargados de oro que aportaron de las Indias sus conquistadores, el gran siglo de nuestras letras. Así la Grecia se hizo artista luego de conquistar el vellocino de oro de la fábula.

A su vez la intensidad de la vida literaria señala en los pueblos un *temps d'arrêt*, un compás de espera; es el oasis (perdón por lo manoseado de la imagen) donde descansan las caravanas... ¿no es el ensueño el alma de la producción artística?... ¿y no nace el ensueño en nuestras horas muelles, entre espirales de humo?

Necesitan descanso los pueblos que han bregado mucho, y el ensueño es la forma más apetecible del reposo. Aunque entrañe el arte un principio de enervamiento, sabe disimularlo con majestuosos oropeles... Al caer el sol se tiñe el cielo de colores deslumbrantes y espléndidos.

*
*
*

Pero nuestro pueblo, tumbado desde hace siglos en pleno arroyo, aguantando inertemente los puntapiés de la gente que pasa... ¿Puede sentir la necesidad del opio literario?

Hémos frente á la conclusión que perseguíamos; no hay literatura y no la hay porque no puede haberla, porque no debe haberla, porque si en esta holganza general cantáramos las quimeras de la gloria y el «far niente» del éxtasis, daríamos alevemente muerte á un pueblo por hacer, que, lejos de haber cumplido su misión histórica, comienza ahora, al reconcentrarse en su propio suelo su vida verdadera.

No hay literatura porque primeramente necesitamos hacer patria, y las patrias no se hacen con la pluma, sino con el arado, aunque luego la pluma las exorne.

No hay literatura, porque la única sana para nuestro pueblo sería una que fuera acción, látigo é impulso, que se identificara con los modernos combates económicos, que barriera la *grafomanía* que en Madrid se estila, inmóvil como las estepas castellanas, odiosa como un rezo, huera como un discurso democrático, inútil como las aguas de esos ríos que en el mar se pierden sin fecundar las tierras... y esa literatura que fuera á la vez lucha, literatura de las calles rectas y de la máquina, de la Bolsa y de las empresas por acciones, frente á la literatura crepuscular de las añoranzas y de los ensueños... ¿no sería esencialmente anti-literaria?



¿Y no es posible, se me dirá, que aisladamente y con independencia de las causas y concausas que regulan la normal producción literaria surja el gran artista? Ciertamente. Edgar Poe, apare-

ciendo en la mañana, de un gran pueblo, no preguntó si era oportuno, sino que legó una obra imperecedera, menospreciada entonces. Pero yo no veo ningún Poe entre nuestros literatos. Quizás se encuentre en la juventud ignorada que atesora cuartillas en un rincón de la maleta ¡soñando con Madrid! Me figuro verla engrosar poquito á poco la tertulia donde recuestan su impotencia nuestros hombres de letras, disputándose á colmillazo limpio el renombre al que deben los contados garbanzos. Y me pregunto: ¿no es esta atmósfera la más á propósito para disolver ensueños nobles?

.....

Los cisnes cousevan la blancura inmaculada de su plumaje en los estanques señoriales, donde no se contaminan con las aves de corral; presto lo pierden en las charcas donde los patos se chapuzan.

RAMIRO DE MAEZTU.

EL ENSUEÑO HIDRAULICO

La campaña emprendida en *El Imparcial* por don Rafael Gasset, renueva actualidad para lo que llamó, con feliz frase, D. Joaquín Costa: «Política hidráulica.»

Bueno es que los ojos de la prensa se vuelvan á la tierra. Es muy posible que el periódico, haciéndose eco exclusivamente de la vida ciudadana, consagrando la totalidad de sus columnas á la tontería política, relatos de crímenes, motines por consumos, viajes de prohombres y revistas de toros, teatros, salones y tribunales, olvidándose del campo mientras una inundación, una sequía ó una partida de bandoleros no nos hacen odioso su recuerdo, es muy posible, decía, que el periódico haya contribuído notablemente á la incesante despoblación y consecuente abandono de la tierra.

Felicitémonos de que ésta merezca algún estudio. Felicitémonos de que la meseta castellana ó las dos mesetas—como diría cualquier dómine malhumorado—sirva de asunto á los articulistas. Si diariamente se nos hablara del campo, si lográramos interesarnos por las cuestiones de la vida práctica, haciéndolas amenas, ¿sería imposible determinar en las ciudades una especie de salvador movimiento centrífugo?... Puesto que la del trabajo es ley ineludible, ¿por qué no tratar de hacerlo atractivo?

Cuanto se escriba sobre el campo es provechoso. Unas ideas sugieren otras, de lo utópico se desentraña lo real, y de lo verdadero y de lo falso surge insensiblemente algo que vale más que las campañas periódicas: el amor á la tierra. Pero bueno es, con todo, descartar utopias; bueno que el problema agrario no sea un nuevo sport de periodistas, sin otro alcance que

el de los antiguos debates sobre la inmortalidad del verso, la libertad, la religión, el orden, la justicia y otra porción de zarandajas; no vayamos á caer del ensueño patrioterico al *hidráulico*, porque éste sería probablemente el último.

No es que yo califique de ensueño la canalización de nuestros ríos. Entiendo que se trata de una cuestión hacedera, inaplazable, de necesidad absoluta, no tan sólo para las tierras áridas de la gran meseta castellana, sino hasta para las regiones industriales del litoral, necesitadas de mercados que las comarcas agrícolas, en su pobreza supina, no pueden ofrecerles para compensar la pérdida de las colonias.

Lo que me alarma es que tanto el Sr. Gasset como el Sr. Costa, fían á la buena voluntad de un Gobierno-Providencia la misión irrigatoria. Esta confianza es muy española, porque es muy cómoda. Al Estado le encomendamos todo: hombres, tributos, derechos, etcétera, etc.; y si el Estado lo malbarata nos lavamos las manos, curándonos en salud, vomitando pestes contra el Ministerio y pidiendo su caída.

Hoy solicitamos del Gobierno que nos dote de canales. Está muy bien. Si yo me llamara D. Joaquín Costá y aspirase á una jefatura de partido, me guardaría muy mucho de aconsejar á mi auditorio que procurara crearse su bienestar sin esperar cosa alguna de los Gobiernos. Para ese viaje, me dirían, no necesitamos hombres públicos. Por el contrario, le prometería oros y moros, canales navegables, política de chaqueta, fábricas, trenes, talegos de onzas y la vida en Jauja, todo ello á cambio de un empujón que me permitiera sentarme en la Presidencia del Consejo.

Si fuera director propietario de un gran periódico, antes me dejaría cortar la mano derecha que acusar á mis lectores de abandono. El público español busca en los diarios un confesor que le absuelva sin penitencias y que cultive sus prejuicios, respetando prudente-

mente su letargo intelectual. Puestos los ojos en la administración, declararía totalmente irresponsable al pueblo de sus desastres, y cada vez que se me ocurriera hablar de redención, haríalo pregonando panaceas compatibles con la hidalga pereza castellana.

Todo eso está muy bien. Los hombres públicos y los grandes periódicos han vivido siempre parafraseando aquella célebre invención de los polvos para hacer sardinas, que tanto gusto dieron á varios malagueños de buen humor. Lo que no me consta es si aquéllos polvos sirvieron realmente para hacer sardinas; lo que ignoro es si se restituyó su dinero á los cándidos; lo que me apena es la ilusión desvanecida; lo que me horroriza es la dejadez con que nuestro pueblo abandona en las pecadoras manos gubernamentales sus anhelos de un porvenir más risueño, para que una nueva inevitable decepción acabe de sumirlo en un amodorramiento definitivo.



Costa, el poeta Costa acertó á conmoverme cuando opuso á la tristeza pasajera del vencido, ansioso del desquite, la íntima y permanente tristeza española, la de la tierra yerma, sin jugo y sin verdores, la de la estepa solitaria, la de nuestro labriego abandonado á los caprichos de un cielo que hoy amenaza agostar el pan del año y mañana le arrebatara cosechas y viviendas al primer temporal.

Para esta tristeza, que es la mayor del alma española, ofrece Costa una medicina: ¡EL AGUAL!

¿Quién la derramará?... ¿El cielo?... ¿Es tan caprichoso!... Planteemos el problema de tejas abajo. ¿El Gobierno? ¿La iniciativa particular?

Los Sres. Costa y Gasset optan por el primero. Era lógico. Se trata de un aspirante frustrado á hombre público y del director de un gran periódico... Pero veamos las razones en que apoyan su preferencia.

El Sr. Gasset afirma que las Compañías de riego alcanzan como *máximum* un interés anual del 3 por 100 en el capital empleado, porque «muchos labriegos, que ni han modificado sus cultivos, ni dispuesto en tiempo oportuno de los necesarios abonos, prefieren la incertidumbre de la cosecha á la certeza del pago, y prescinden del riego», mientras que el Estado, con la diferencia de la tributación entre las tierras de regadío y las de secano, aseguraría al capital un beneficio de un 8 por 100.

El argumento parece decisivo; pero ¿no puede replicarse que ante tal aumento en la tributación serían muchas las tierras cuyo cultivo se abandone, no porque deje de ser ventajoso, sino por falta de brazos?

Mi sabio amigo D. Miguel de Unamuno ha hecho notar el fenómeno de que en Castilla el ganado va echando á los hombres, la dehesa se come la tierra de labrantío y el actual sistema tributario y la presente organización económica van realizando el milagro de hacernos retroceder del período agrícola á las edades pastoriles.

Nuestro problema agrario es muy complejo para resolverlo por una sola fórmula. La cuestión de los riegos es de las más importantes. Pero, realizada por el Gobierno la obra irrigatoria, ¿no es posible que, lejos de poner termino al absentismo, contribuyera á fomentarlo?

Mas, ante todo, brota una duda en nuestro espíritu. ¿Llegaríamos á tener canales si encomendáramos al Estado la tarea de hacerlos?

A primera vista no ofrece dudas la respuesta. Según nos dicen los señores ingenieros de Caminos, con 400 millones de pesetas hay bastante para llevar á feliz término el estudiado plan de pantanos y canales de riego.

Digamos 500... y punto redondo. Ahora nos ponemos en busca de un ministro de Fomento que no se

duerma, competente, integérrimo; de un director de Obras públicas no menos despierto, listo y probo. ¿Los hallamos?... ¡A la obra!

Es probable que al advenimiento de estos Mesías sobrevivan algunas de las máculas que se advierten en nuestra organización política y administrativa. Veo caer sobre la millonada la nube de nuestros cacicatos, delegaciones de hacienda, gobiernos civiles, audiencias, juzgados, municipios, diputaciones, bufetes, agencias, notarías, empleados, cesantes, etc., etc. Se entablan centenares de pleitos sobre expropiaciones, aprovechamiento de aguas y conducción de las mismas entre el ministerio de Fomento, los particulares y el hampa leguleya de los pueblos. Los recomendados de la señora *A* solicitan empleos de capataces, que no les obliguen á ausentarse de Madrid. La hermandad *B*, por medio de la señora *C*, impetra que se le «suba» un canalito al convento que posee en la Sierra. El cacique *D* exige que otro canal le riegue la finca, situada á cien kilómetros del río... En tal punto figuran en nómina 300 jornaleros que no trabajan; en tal otro, desde hace un año andan «tomando sus medidas» capataces é ingenieros... En el de más allá la extracción de cada metro cúbico de tierra cuesta igual volumen de oro.

.....
 ¡Por Cristo vivo! Después de lo que se ha hecho con aquellos centenares de millones destinados á dotarnos de una prepotente escuadra... ¿no siente el Sr. Gasset espanto ante la perspectiva de poner cien millones de duros en manos del Estado, sobre todo cuando nos han devuelto las colonias lo más florido de la administración pública?

No proclamo en absoluto la impotencia de nuestro Estado para ser útil en la común obra de hacer patria. El Estado puede cooperar de mil maneras al desarrollo de la riqueza pública; por ejemplo, moderando sus gastos y reduciendo los impuestos; obligan-

do á los futuros catedráticos, magistrados, generales, obispos, priores, periodistas y empleados á que se ocupen en trabajos más provechosos, haciendo tabla rasa de nóminas y subvenciones.

El Estado puede proteger á las empresas de irrigación...; pero no le confiemos la totalidad de la obra, si no hemos de llevarnos un último irreparable desengaño.

Sin la ayuda del Estado, y aun luchando contra él (y contra la filoxera), se va convirtiendo en un vergel el suelo catalán. Imiten tan alto ejemplo otras regiones. Cuento cada cual consigo—esta es la fija,—que de este recio individualismo nace la verdadera solidaridad social, el crédito.

Una Compañía andaluza está canalizando el Guadalquivir; otra vizcaína se apercibe á hacer lo propio con el Duero. Las comarcas agrícolas que quieran trabajar encontrarán dinero para sus empresas en el ahorro de las industriales. Las comarcas absentistas han de sufrir una traslación de propiedad para mejorarse.

Así se hace país.

Y se hace igualmente encaminando la atención pública hacia las cuestiones capitales de la vida agrícola. Ciertas ó equivocadas las opiniones de los señores Costa y Gasset, su iniciativa sólo encomios merece.

No se los regatea,

RAMIRO DE MAEZTU.

LA MORAL QUE MUERE Y LA QUE NACE

«Ni el sabio ni el rico me inspiran respeto; sólo ante el honrado me descubro.»

Esta frase de Kant, pone término á las *Preocupaciones sociales* de González Serrano. Es la esencia del libro. Para el sabio pensador, las masas sociales, de día en día más iconoclastas, acabarán por prestar más respeto á los buenos que á los ambiciosos y á los listos.

Todo lo que á España se le ha ocurrido para alivio de sus desastres, es un amor platónico á la moralidad administrativa. Todo lo que ha meditado el Sr. Serrano sobre cuestiones sociológicas, se condensa en su respeto á la honradez... ¡Es lástimal

Porque el prójimo honrado es un sér universalmente apetecible. ¡Que nuestros amigos sean buenos, cariñosos serviciales, fieles á su palabra, caballeros! ¡Que nuestros consocios ó nuestros patronos sean humanos, que no nos exploten, que no nos engañen! ¡Que nuestros obreros velén por nuestras haciendas, que trabajen sin levantar los ojos! ¡Que nuestras mujeres nos sean fieles! ¡Que nuestros hijos nos obedezcan! ¡Que todos se conduzcan honradamente con nosotros, es decir, á medida de nuestros deseos!...

He aquí un ideal muy extendido, y muy cómodo. En cuanto afecta á los demás, ¡quién no anhe-

la su realización?... En cuanto nos afecta... ¡también!... Sólo que el pícaro instinto se cruza en el camino de nuestra moral y la vence siete veces al día, según los textos santos.

¿La honradez en el prójimo? Muy bonito ideal. Es la aspiración de los rebaños; vivir sin lucha. Es el ideal de los pueblos incapaces de sentir otro más grande.

¿Cómo —me preguntarán mis lectores— existe un ideal más elevado que la bondad?

Y yo replico: La bondad, la honradez, mirada individualmente, es un pretexto maravilloso para descargar sobre el egoísmo las responsabilidades de los males que nuestra cobardía ó nuestra impotencia nos acarrearón. Vista desde lo alto, es una de las cualidades más inútiles, más despreciables para el engrandecimiento de un pueblo.

¡Paradoja! —replicarán ustedes.

Examinémosla prácticamente, me permito contestar.

*
* *

No hace mucho tiempo fallecieron dos hermanos, parientes lejanos míos, de muy diversa condición moral y opuesto temperamento. Era el mayor, apacible y sereno, modesto y bondadoso, caritativo y resignado, hidalgo sin jactancia, escrupuloso sin énfasis salmeronianos. El menor, ambicioso y desconfiado, impulsivo á las veces, tenaz siempre, de un egoísmo sin aprensiones, duro para el humilde, adulator para el potentado, se hacía tan odioso como su hermano atractivo y simpático.

Mi historia se parece á infinidad de folletines y

melodramas á la antigua; hay un hermano bueno, bueno hasta en sus almuerzos, y uno malo, malo hasta cuando duerme.

Al morir el padre, legándoles una fortuna regular, comenzó el menor la historia de sus fechorías, arreglándose de modo que al hacerse las particiones se quedó con el mejor boñado de la herencia.

El mayor se dejó robar sin protestas, y aquí termina su biografía. Los hombres buenos, como los quiere González Serrano, no tienen historia. Vivió de sus rentas, perdonándose las algún mal año á los caseros; se movió en una esfera modestísima, se casó por amor con una mujer pobre, dió limosnas, educó á sus hijos y se ha ido al cielo, después de conservar, á fuerza de economías, la fortuna que de su padre recibiera.

El hermano menor no perdonó trapacería que para acumular dinero le sirviera. Comenzó por hacerse contratista de minas; los trabajos se efectuaban con tal economía de materiales, que los accidentes se sucedían en cortos intervalos; los obreros vivían obligatoriamente en barracones contruídos de deshecho; surtíanse, so pena de ser despedidos, en sus tiendas. Halló medio de hipotecar los jornales con tal habilidad, que no desembolsaba por ese capítulo un céntimo en metálico.

Luego ascendió á minero. Aumentó sus pertenencias con las que denunciaban gentes sin valimiento, entendiéndose, al efecto, con el gobierno civil para explotar las minas que otras personas descubrían.

Más tarde construyó un ferrocarril con dinero ajeno. Al poco tiempo de funcionar la línea hízola quebrar. Arruináronse cientos de familias. Nuestro hombre compró acciones al diez por ciento de su valor, y llegó á ser el principal accionista de uno de los caminos más florecientes.

Gracias á estos y otros procedimientos semejantes, nuestro héroe levantó una fábrica remolachera, una de fundiciones, un ferrocarril minero, treinta explotaciones de minas, un Banco comercial, una línea de vapores y, al morir, tenía el proyecto de expulsar de sus tierras á mil labradores embargados por el Fisco, con objeto de realizar un negocio monstruo, vendiendo las tierras como de regadío, mediante un canal que el Gobierno, por su influencia, construiría.

* * *

Huelga decir que este hombre fué universalmente odiado. Malas hablillas cuentan que sus hijos, mis primos terceros, han sido los primeros que de su muerte se alegraron. Al tener noticia de ella su país ha debido murmurar el ¡*Al fin!* que hizo famoso *La Correspondencia*.

Para el Sr. González Serrano, como para la mayoría de los españoles, el ideal consiste en cortar las uñas á los hombres de aquella especie y en producir el mayor número posible de hombres buenos y modestos.

Pues bien; este ideal es sencillamente estúpido y suicida.

Lo he dicho en otra parte:

«El negociante que para ganar dinero hace una

casa, un barco, una fábrica ó una acequia, lega á su patria una obra tan positiva, cuando menos, como el poeta que crea una imagen, el militar que gana una batalla ó el filósofo que funda una escuela.»

Entre mis dos primos, ¿qué ha creado el justo?... Dos hijos.

¿Qué ha dejado el malo? Un ferrocarril, dos fábricas, un Banco, treinta minas y un proyecto de canalización.

Todos los hombres justos no han realizado una obra tan provechosa para la patria como el explotador de mi historia.

En realidad, el hombre justo sería perfectamente inútil sin ese carácter «semental» que nos induce la esperanza de que sus hijos sean provechosos.

El egoísta, por el contrario, realiza, aun sin pretenderlo, una labor altruista, respetable, patriótica.

¿Cuál de los dos merece los cantos del artista y los aplausos del pensador?... ¿El hombre bueno?... Al arte griego, que es el gran arte, no se le ocurrió cantar á los ilotas... ¡Estaba reservada á nuestra *moral de los esclavos* la producción de un arte para uso de los seres inferiores!

*
*
*

Acaso predicando la bondad consiguiéramos incubar una hornada de hombres buenos... ¡Y qué! Los pueblos son tanto más grandes á medida que producen mayores ambiciosos. Todos los santos

irlandeses no valen para la prosperidad del Reino Unido lo que un Cecil Rhodes.

¡Labor funesta la de ensalzar el renunciamiento!... No he de secundarla... Ya que siendo un contemplativo no puedo convertirme en un *money maker* (hacedor de dinero), haré lo posible para ser siquiera un *money maker's maker* (hacedor de hombres que hagan dinero).

... No veo otro modo de cooperar eficazmente con la pluma en la obra de hacer patria.

RAMIRO DE MAEZTU.

La Nación contra el Estado.

Regocijame extraordinariamente la actitud de toda España frente á los presupuestos. Esa actitud plantea cara á cara una cuestión que ha servido de principal asunto á mis artículos sociológicos y políticos. En cuantos llevo escritos de dos años á esta parte, he tratado de dar relieve al antagonismo que divide la masa general de nuestro pueblo de la golfería que vive del Estado, subordinando á esta oposición irreductible los problemas pedagógico, religioso, colonial y económico, que en nuestra patria se derivan de ella, y negando de plano la existencia del problema político, tal como lo formulan regionalistas y centralizadores, republicanos, liberales, demócratas, conservadores, íntegros y carlistas, y la importancia en España del social, del modo que lo exponen ácratas, colectivistas, progresistas, posibilistas, individualistas y *ebionitas* á lo católico.

Me place infinito que políticos como Maura y periódicos como *El Imparcial* se ocupen de lo que llaman el problema de nuestras clases medias, y yo califico de pataleo. El odio poderoso que ahora muestra el país á las colectividades mantenidas por los distintos presupuestos, viene á fallar en favor mío el pleito... ¡Sea enhorabuena!

Verdad que se ha hecho todo lo posible para provocar ese odio. ¿No habíamos quedado en que las clases gobernantes eran las únicas culpables de los desastres? ¿No nos habían repetido una y mil veces que la materia prima era insuperable, que el pueblo es sufrido, humilde, laborioso, sobrio y heroico?

Entonces era lo lógico suprimir marinos de secano, generales de salón, obispos que no consiguen evangelizarnos, magistrados dúctiles al influjo del caciquis-

mo, catedráticos que sólo enseñan rancias, puestos políticos para gentes cuyas dotes oratorias no aciertan á ocultar sus hispanos instintos de rapiña.

El ministro de Hacienda no lo entiende así. Donde los gastos no se aumentan son respetados los anteriores, y se carga toda la cuenta de los vidrios rotos sobre el pueblo, declarado irresponsable. La nación, por boca de los gremios, de las Cámaras de Comercio y de un centenar de manifestaciones, se niega á aceptar semejantes cuentas... Verdad que si se hubiera hecho un desmoche burocrático, militar ó religioso, lloverían á estas horas disidencias, pronunciamientos y excomuniones como una bendición de Dios.

... Somos tan idealistas, que en tocándonos al bolsillo nos rompemos la crisma, y tan patriotas, que por menos de dos pesetas tiramos el pabellón por la ventana.

* * *

No se adivine una ironía en ese párrafo. Aquí, donde aún somos muy pocos los españoles que pensamos seriamente en crear—porque no existe—un concepto supremo de la patria lo bastante sólido para imponerlo á la multitud, es natural que los organismos gubernamentales se resistan al sacrificio; su apego á la vida disculpa la hostilidad á las economías; y es explicable y es plausible la repugnancia del contribuyente á los tributos. ¿A qué sostener un Estado lujoso y superfluo?

Ni el Ejército, ni la Marina, ni la Enseñanza, ni el Clero, ni el Gobierno, ni la Diputación provincial, ni el Municipio, ni organismo alguno del Estado, saben cumplir con su misión ni sirven al desarrollo de la nacionalidad. Debemos, pues, cerrar las cajas á las demandas del presupuesto.

No envuelve este propósito tan sólo una cuestión de ochavos, aunque estas cuestiones no sean tan *miserables* como han dado en llamarlas; hay en ello una tendencia social por demás interesante y modernista.

Cada mil duros que el Estado se nos lleva representan, además de una pérdida de 5.000 pesetas en la riqueza reproductora del país, la de los hombres que con ellas han de mantenerse en oficinas, iglesias y cuarteles, quienes, ganándose el pan en profesiones independientes, contribuirían al desenvolvimiento general, mientras que al convertirse en ruedas del Estado, son un obstáculo para ese mismo desenvolvimiento.

Por paradójica que mi tesis parezca, es lo cierto que resulta más patriota el comerciante que defrauda mil duros á la Aduana, que quien los paga respetando el arancel. Los mil duros defraudados no desaparecen del torrente de la riqueza patria, mientras que las 5.000 pesetas percibidas por la Aduana sólo valen para fomentar la haraganería, dando la sopa boba á un par de militares, escribientes, periodistas subvencionados, tenedores de papel, canónigos, porteros, ó lo que sean.

Claro que, no consideraciones de índole elevada, sino intereses particulares, mueven á los comerciantes en su protesta contra los presupuestos. ¿Y qué importa el móvil en este caso? Obra patriótica es la de intentar reducir el Estado, y por patriótica deberán aplaudirla los que miren á lo alto.

* * *

Aquí las réplicas consabidas:

«Pero, señor: si es imposible llegar á la nivelación del presupuesto haciendo economías, porque se resisten á soportarlas clero, ejército, marina, tenedores de la Deuda y funcionarios civiles, ¿cómo alcanzarla sin reforzar los ingresos?... Y si los contribuyentes se resisten y cae anualmente sobre el Estado un déficit de 200 ó 300 millones, ¿no es inevitable la bancarrota, y con la bancarrota la intervención extranjera, y con la intervención el fin de España?»

Alto ahí, señores timoratos. La perspectiva de una intervención extranjera es más temible para los organismos del Estado que para el contribuyente. La intervención haría tabla rasa de todas nuestras nóminas. Antes de llegar á ella se conformarían el ejército y la marina con el cierre de las Academias y la amortización de las vacantes, la burocracia con la limitación del personal, Roma y el clero con la supresión de treinta diócesis, el profesorado con la clausura de seis Universidades, las clases pasivas con su amortización progresiva, los acreedores españoles con una reducción de intereses suficiente para impulsar los capitales á los derroteros de la riqueza viva.

Aunque no lo comprendieren así esas clases, y su torpe obstinación motivara la intervención extranjera, en España, afortunadamente, el Estado no es la Patria. Siendo aquél esplendoroso, yacía la Nación en la ignorancia y la miseria más completas. Hoy, que el Estado se halla en visperas de quiebra, recomienza á pensar, á comer y á poblarse nuestra patria, como en los tiempos en que las banderías moras se disputaban las campiñas andaluzas, reyes impotentes y nobles turbulentos ensangrentaban las llanuras castellanas y las cantábricas montañas, catalanes y aragoneses se disputaban privilegios y derechos, extranjeras dinastías mandaban en Navarra y el monstruoso desorden de los Estados coincidía con el maximum de población, saber, riqueza, bienestar, poderío industrial y mercantil, de que ha gozado nunca España.

Ni la inminente quiebra del Estado, ni la amenaza de una intervención extranjera, enturbian mis ensueños de patriota. El Estado no ha logrado ser máquina que fundiera los distintos idiomas é ideales regionales. El gallego, el andaluz, el castellano, el catalán, el mallorquín, el valenciano, el vasco, el extremeño y el asturiano, siguen siendo gallegos, andaluces, castellanos, catalanes, mallorquines, valencianos, vascongados, ex-

tremeños y asturianos. Y, sin embargo, nuestra patria, geográfica, etnográfica y económicamente, es una y solidaria. Para convencerse de lo primero, basta abrir un mapa; para asegurar la identidad de raza, no tenemos más que mirarnos á la cara; para probar la solidaridad económica, no se necesita sino recordar que las comarcas agrícolas constituyen el mejor mercado de las industriales y éstas, á su vez, el de las agrícolas.

No hay en toda Europa una nación cuyos diversos agregados estén tan bien unidos naturalmente como los de la nuestra, y con todo, aparecen discordes y antitéticos. Se ha dicho que los Reyes Católicos hilvanaron malamente la Patria española. Lo que hilvanaron fué el Estado. La Patria fué esculpida por la Naturaleza, que creó los Pirineos y los mares; y comienza á vivir, gracias al sistema arterial de los ferrocarriles, los ríos, las carreteras y los telégrafos. Si los compuestos aparecen discordes, atribúyase al hilván del Estado, instrumento de disolución, que no acertando á crear nuevos lazos, vive de los antiguos y los relaja.

Sus guarniciones, sus audiencias, sus obispados, sus gobiernos civiles y sus universidades, antes hacen aborrecible que simpático el nombre de España en las regiones. Los que cambian productos y los que traemos y llevamos ideas, aspiraciones y odios, creamos más patria que toda esa gente, y por menos coste.

¡Redúzcase el Estado, perezca si es preciso, y prosigamos los españoles haciendo Patria!

RAMIRO DE MAEZTU.